

EL ESCOLAR. Boyerán

De acuerdo con la comunicacion de usted de 17 de agosto último, número 464, se restablecieron las escuelas de niñas de Santa Rosa y San Francisco, nombrando Directoras á las señoras Matilde Quintero y Mercedes Delgado, respectivamente. La primera está en ejercicio desde el 6 de setiembre último, la señora Quintero no aceptó el encargo. Sobre esto me dirigí á usted con oportunidad.

La escuela de varones de Palestina, está en receso porque el Director, señor Ismael Valencia, renunció el destino desde Medellín, y aun no se tiene noticia de que el nombrado, señor Leopoldo Salazar, haya tomado posesion.

Soy de usted atento seguro servidor,

J. A. MAZUERA

EL CARACTER

FOR SAMUEL SMILES.

(Continuacion).

La misma observacion es aplicable á la historia de todos los países y á la filosofía. La carrera de un grande hombre queda como monumento duradero de la energia humana. El hombre muere y desaparece, pero sus pensamientos y sus actos sobreviven, é imprimen á su raza una marca indeleble. Y así se prolonga y se perpetúa el soplo inspirador de su vida, amoldando el pensamiento y la voluntad, y contribuyendo por tanto, á formar el carácter del porvenir. Los hombres que llegan á tal grado de superioridad son los verdaderos faros del progreso humano. Parecen colocados expresamente para iluminar la atmósfera moral que los rodea, y la luz de su espíritu continúa brillando sobre todas las generaciones que los suceden.

Es natural admirar y venerar á los hombres realmente grandes. Ellos santifican la nacion á que pertenecen, y se llevan tras sí no sólo á sus contemporáneos, sino á los que les sobreviven. Su ejemplo viene á ser la herencia de su raza: y sus grandes obras y sus grandes pensamientos son otros tantos gloriosos legados para la posteridad. Ellos enlazan el presente con el pasado, y preparan un porvenir mejor. Levantan con mano firme el estandarte de los principios, sostienen la dignidad del carácter humano, y hacen penetrar en las almas las tradiciones y los instintos de todo lo que es bueno y de todo lo que es noble.

El carácter representado por el pensamiento y la accion, es de naturaleza inmortal. La idea de un gran pensador se conserva fija durante siglos enteros en los espíritus de los hombres, hasta que al fin llega á hacer parte de su vida y de sus costumbres. Ella se hace oír de las generaciones como una voz de ultratumba, y su influencia dura millares de años. Así Moises, David y Salomon, Platon, Sócrates y Jenofonte, Séneca, Ciceron y Epicteto, parecen vivir todavía entre nosotros. Ellos llaman la atencion é influyen en los caracteres, aun cuando sus pensamientos nos sean transmitidos en una lengua que ellos jamas hablaron y que ni siquiera conocieron. Teodoro Parker ha dicho que un solo hombre como Sócrates era más útil á un país que muchos Estados como la Carolina del Sur, porque si esos Estados

desapareciesen hoy del mundo, no habrian prestado tantos servicios como Sócrates. (1)

Los grandes trabajadores y los grandes pensadores son los verdaderos autores de la historia, que no es otra cosa que la continuacion de la humanidad sujeta á la influencia de los hombres de carácter, de los grandes capitanes, reyes, sacerdotes, hombres de Estado y patriotas, que constituyen la verdadera aristocracia humana. Mr. Carlyle ha demostrado suficientemente que la historia universal no es, en el fondo, sino la historia de los grandes hombres. Es cierto que ellos marcan y designan las épocas de la vida de una nacion; su influencia es activa y reactiva; aunque su espíritu sea, en cierto modo, el de su siglo, figuran sobradamente en la creacion del espíritu público; su accion individual se identifica con la causa y el resultado; tienen grandes pensamientos que ellos ponen en circulacion, y esos pensamientos producen los acontecimientos. Emerson advierte que podemos considerar cada institucion como la sombra prolongada de algun grande hombre: así el islamismo viene de Mahoma; el puritanismo, de Calvino; la institucion de los jesuitas, de San Ignacio; el cuacacismo, de Fox; el metodismo, de Wesley; y el abolicionismo, de Clarkson.

Una serie continuada de grandes hombres continuó la historia de toda gran nacion. Así es que en el carácter de la vieja Francia influyeron las palabras y los hechos de San Luis, de Bayardo, de Guesclin y de Henrique IV, al mismo tiempo que sus grandes autores, Rabelais, Montaigne, San Francisco de Sales y Gerson. La grandeza intelectual de ese país llegó á su apogeo durante el reinado de Luis XIV; y ese fué el gran siglo en que, entre los eclesiásticos, encontramos los nombres de Bossuet, Fénelon, Fléchier y Bourdaloue; y entre los autores, los de Fontenelle, Pascal, la Fontaine, Corneille, Racine y Malebranche.

En breve, empero, desaparecieron los grandes hombres de la vieja Francia, y entonces le llegó su fin á la libertad de cultos, y por algun tiempo desapareció la grandeza intelectual de aquel país. Despues de Colbert, no volvieron á figurar grandes hombres de Estado; y el genio militar y naval de Francia, quedó como paralizado. No hubo ya victorias como las de Condé y Turenna, en tierra, ni como las de Juan Bart y Duquesne, en el mar. Habíase desmoralizado el ejército de Luis XIV por la caza que sus dragones les habian dado á los protestantes, y, especialmente, á los hugonotes.

La misma esterilidad hirió á la literatura. Moliere murió de tristeza en 1674. Racine en 1697, bien que puede decirse que el genio de éste habia ya dicho su última palabra con la produccion de *Ísra*, en 1676. Corneille murió en 1684. La Fontaine publicó sus últimas fábulas en 1676. El resultado final, pues, del reinado de Luis XIV, fué la paralización, no sólo de la gloria, la libertad, el genio y el carácter de Francia, sino tambien de la Iglesia misma, que él trataba de sostener y defender, desterrando á los hugonotes y destruyendo la libertad religiosa.

Y entonces apareció la nueva Francia. El pueblo frances se sublevó en secreto contra la tiranía del gran Luis y contra la escandalosa licencia de su sucesor. Hubo, empero, no pocos hombres de genio y de carácter en ese intervalo, tales como Montes-

(1) Erasmo veneraba el carácter de Sócrates hasta el punto de decir que, al estudiar su vida y sus doctrinas, se sentía inclinado á colocarlo en el calendario de los santos, y á exclamar: *Sanc* *Socrates, ora pro nobis!*

115

PROYECTO DE INVESTIGACION:
LA PRACTICA PEDAGOGICA
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

que Bernardino de Saint-Pierre y Malherbe, pero los hombres nada de común tenían con la nueva Francia. Esta se hizo sentir con Voltaire, Rousseau, el abate Raynal, el Padre Loménie, Condorcet, Diderot y los enciclopedistas, los cuales acarrearón el trastorno general—Robespierre y la Montaña. Bien expresaba Danton el sentimiento de su época cuando gritaba con desesperación: "La humanidad me fastidia," y Barrero cuando decía: "Estoy harto de los hombres."

Tuvieron en seguida el gran Napoleón y sus generales, y sus inmensos triunfos militares que tan grande influencia tuvieron sobre el espíritu de los franceses acostumbrados a ideas de guerra y de conquista; ¿Cuál será el resultado de esas lecciones para la nueva Francia? No nos es dado adivinarlo, pero podemos citar las palabras de Michelet, verdadero patriota, como prueba de que mejor nos está ser buenos y benévolos que belicosos y sedientos de sangre: "Ojalá que la nueva no olvide las palabras de la vieja Francia.—Sólo a los corazones nobles les es dado saber cuánta gloria hay en ser uno bueno.—Serio y continuar uno siéndolo, entre las injurias de los hombres y los rigores de la Providencia, no es tan sólo un don de una naturaleza afortunada, es más, es fuerza, es heroísmo..... Conservar la paz y la benevolencia entre tantas y tan agrias disputas, adquirir la experiencia sin permitir que se llegue a ese tesoro interior, eso es divino. Los que persisten y llegan así hasta el fin, esos son los verdaderos elegidos.. Y aun cuando alguna vez hubiesen trepezado en el difícil sendero del mundo, a pesar de sus caídas, de sus debilidades y de sus infamias, no dejarán nunca de ser hijos de Dios."

Los hombres de gran talento imprimen a su siglo y a su patria el sello de su espíritu. Eso fué lo que sucedió a Lutero respecto de la Alemania moderna y a Knox respecto de Escocia. Dante, más que ningún otro, vino a ser el tipo de la Italia moderna. Durante los largos siglos que continuó la decadencia italiana, sus ardientes palabras fueron como una lambrera, como una almenara para todos los hombres sinceros. Fué para su patria heraldo de libertad, que arrastró por ella la persecución, el destierro y la muerte; y fué siempre el más nacional de los poetas italianos, el más leído. No bien hubo muerto, cuando aquellos de sus compatriotas que eran medianamente letrados aprendieron de memoria sus mejores trozos, y de tal modo se inspiraron en los sentimientos que ellos contenían, que llegaron a ejercer grande influencia en la historia de su patria. "Los italianos—escribía lord Byron en 1821—hablan del Dante, escriben sobre el Dante, piensan en el Dante y sueñan con él hasta tal extremo, que sería una ridiculez si no fuera porque él merece tanta admiración."

Una serie de hombres diversamente dotados, que se sucedieron en un período de muchos siglos, desde el rey Alfredo hasta el príncipe Alberto, ha contribuido de la misma manera a amoldar en variadas formas el carácter inglés. Los más influyentes entre esos hombres fueron, sin duda, los del siglo de Isabel y de Cromwell y épocas intermedias, tales como Shakespeare, Raleigh, Burleigh, Sydney, Bacon, Milton, Herbert, Hampden, Pym, Eliot, Vane, Cromwell y otros muchos; de los cuales unos se hicieron notar por su fuerza y otros por la dignidad y la pureza de su carácter. Las vidas de esos hombres hacen parte del dominio público en Inglaterra; sus pensamientos y sus hechos son considerados co-

mo la más preciosa herencia de los tiempos pasados.

También Washington dejó en pos de él, como uno de los mayores tesoros de su patria, el ejemplo de una vida sin tacha, de un carácter elevado, puro y honrado, que puede servir de modelo a todas las generaciones futuras. Y en Washington, como en muchos otros destinados a gobernar a los hombres, la grandeza no consistía tanto en la inteligencia, la habilidad y el genio, como en el honor, la integridad, la rectitud y el sentimiento imperioso del deber; en una palabra, en la verdadera nobleza de su carácter.

Los hombres de esta especie son la verdadera savia de la nación a que pertenecen, porque la elevan y la sostienen, la fortifican y la ennoblecen y esparcen sobre ella la gloria del ejemplo que le han legado. "El nombre y la memoria de los grandes hombres,—habla un hábil escritor,—son la dote de una nación. La viudez, la ruina, el abandono y la servidumbre misma no pueden arrebatarse esta herencia sagrada..... Cada vez que la fibra patriótica comienza a latir con más fuerza..... los héroes muertos surgen en la memoria de los vivos y se les aparecen como una solemne aprobación. Un país no puede perderse cuando siente que tan gloriosos testigos lo contemplan. Son ellos como la sal de la tierra, así en la muerte como en la vida. Lo que ellos han hecho, sus descendientes tienen el derecho de hacerlo, y su ejemplo sirve en su patria de estímulo y de incentivo para los que tienen el valor de imitarlos."

Pero no solamente en los grandes hombres debemos fijarnos para apreciar las cualidades de una nación; es necesario conocer el carácter que domina en la masa de sus habitantes. Cuando Washington Irving visitó a Abbotsford, sir Walter Scott le presentó a muchos de sus amigos y de sus predilectos, no sólo entre los vecinos hacendados, sino hasta entre los simples labradores. "Quiero mostrarlos, dijo Scott, algunos de nuestros buenos y verdaderos campesinos escoceses. No es por los elegantes, por los petimetres y por las herransas damas por los que uno aprende a conocer una nación; esos se encuentran por dondequiera, y en todas partes son unos mismos." Los hombres de Estado, los filósofos y los sacerdotes representan la fuerza pensante de la sociedad; pero las gentes que fundan industrias y abren nuevas carreras, así como la masa del pueblo obrero, entre el cual se recluta a veces el verdadero espíritu nacional, esos son los que necesariamente poseen la fuerza vital, y esos son los que constituyen el verdadero apoyo de un país.

Y así como los individuos, tienen también las naciones su carácter que les toca sostener; y bajo los gobiernos constitucionales, donde todas las clases gozan mayor ó menor parte en el ejercicio del poder político, el carácter nacional naturalmente depende más bien de las cualidades morales del mayor que del menor número. Bien entendido que las mismas cualidades que determinan el carácter de los individuos, determinan también el carácter de las naciones; y que, si éstas no fueren sinceras, honradas y valerosas, y si no tuvieran elevadas miras, serán tenidas en poco por las otras naciones y no tendrán peso alguno en el mundo.

Para que tengan carácter, necesitan también tener respeto, disciplina, dominio sobre sí mismas y consagración absoluta al deber. Triste camino lleva la nación que no tiene otro Dios que el placer, sus caudales ó sus manufacturas; más le valiera rosta

blecor los dioses de Homero, porque, al ménos, las divinidades paganas eran representantes de las virtudes humanas, ean un símbolo.

En cuanto á las instituciones, por buenas que ellas sean en sí, no son suficientes para mantener el tipo del carácter nacional. Sólo los hombres tomados individualmente, y el espíritu de que se hallan animados, pueden determinar la situación moral y la estabilidad de las naciones. El gobierno, á la larga, suele no ser mejor que el pueblo á quien el gobierna. Si las masas tienen conciencia, moralidad y sanas costumbres, la nación será dirigida honrada y noblemente; si, por el contrario, ellas son corrompidas, egoístas y perversas, si no tienen ni fe ni ley, la dominación de los bribones y de los tramposos será inevitable.

La única barrera que puede oponerse al despotismo de la opinión pública, ora proceda de la mayoría, ora de la minoría, es una libertad individual ilustrada y una gran pureza de carácter; sin ellas no puede haber en un país ni vigor viril, ni verdadera independencia. Los derechos políticos, sea cual fuere su desarrollo, no podrán resucitar á un pueblo cuyos miembros están corrompidos. Cuanto mas completo y respetado sea el sufragio universal, tanto más el verdadero carácter del pueblo se reflejará, como en un espejo, en sus leyes y su gobierno. La moralidad política no puede tener existencia sólida cuando está basada en la inmoralidad individual. La libertad misma, en manos de un pueblo envilecido, acabaría por ser una desgracia, y la inmunidad de la prensa no sería más que un pretexto para la licencia y la abominación.

Los pueblos, como los individuos, encuentran su apoyo y su fuerza en el sentimiento de que pertenecen á una raza ilustre, cuya grandeza han de heredar, y cuya gloria deber perpetuar. Es de suma importancia para una nación, el poder volver la vista atrás hácia un grandioso pasado; eso es lo que le asegura la vida en el presente, lo que la eleva y la sostiene, la ilumina y la transporta, con la memoria de los grandes hechos, de los nobles sufrimientos, de las valerosas hazañas de sus antepasados. La vida de las naciones, como la de los hombres, es un vasto tesoro de experiencia; bien empleado, conduce al progreso social; mal empleado, no engendra sino desvarios, ilusiones y yerros. Como los hombres, las naciones se purifican y se fortalecen por las pruebas; y los capítulos mas gloriosos de su historia son, en general, los que narran los dolores en que se ha desarrollado su carácter. El amor á la libertad y el sentimiento patriótico pueden hacer mucho, pero la prueba y el sacrificio noblemente sobrellevados han hecho mucho más.

Lo que hoy se llama patriotismo, no es, en gran parte, sino una vulgar amalgama de hipocresía y de pobreza de espíritu. Ese falso patriotismo se manifiesta en las preocupaciones nacionales, en las vanidades y en los odios patrios. No se hace conocer con hazañas, sino con fanfarronadas; gesticula y pide socorro con gritos y con aullidos desesperados; agita banderas y entona canciones; repite sin cesar la eterna cantinela de ya enterrados agravios y de males curados desde tiempo atrás. Semejante patriotismo es tal vez la mayor de las maldiciones que pueden caer sobre un país.

Pero si hay un patriotismo innoble, hay también uno noble, que es el que por sus grandes obras fortifica y eleva á una nación, el que siempre cumple con su deber, el que lleva una vida sobria, honrada

y justa, y trata de sacar el mejor partido de las ocasiones que se presentan para llegar al verdadero progreso. Ese patriotismo honra también la memoria y el ejemplo de los grandes hombres del tiempo pasado; de los que, por sus sufrimientos por la causa de la religión ó de la libertad, alcanzaron, para ellos una gloria inmortal, y para sus descendientes esos privilegios y esas instituciones libres de que hoy son herederos y poseedores.

No debe juzgarse de las naciones, como tampoco de los individuos, por su tamaño:

It is not growing like a tree
In bulk, doth make man better be

No es crecer como un árbol en tamaño,
Lo que hace que mejor el hombre sea.

Para que una nación sea grande, no es necesario que tenga grandes dimensiones, aunque suele confundirse á menudo el grandor con la grandeza. Puede una nación ser muy grande en el punto de vista del territorio y de la población, y estar sin embargo, desprovista de verdadera grandeza. Pequeño era el pueblo de Israel, pero cuán grande no ha sido su existencia y cuánta influencia no ha ejercido en los destinos del mundo! No era grande la Grecia; la población entera del Atica era menor que la del condado de Lancaster; Atenas era ménos populosa que Nueva York; pero cuánta grandeza en las artes, en la literatura, en la filosofía, en el patriotismo! (1)

Pero, lo que ocasionó la debilidad de Atenas, lo que la perdió, fué el no tener sus ciudadanos verdadera familia, ni vida doméstica, y el sobrepasar en mucho el número de sus esclavos al de sus hombres libres. Sus hombres públicos eran de costumbres relajadas, por no decir corrompidas. Sus mujeres, aun las mejor educadas, no eran castas. Por eso su caída se hizo inevitable, y fué todavía más súbita que su elevación.

Lo mismo le sucedió á Roma: su decadencia y su ruina pueden atribuirse á la corrupción general del pueblo y á su amor desenfrenado á los placeres y á la ociosidad, porque el trabajo en los últimos días de Roma les estaba reservado únicamente á los esclavos. Cesaron los ciudadanos de enorgullecerse de las virtudes de sus ilustres antecesores, y el imperio cayó porque no merecía vivir. Así las naciones entregadas al ocio y á la licencia, las que "preferen como dice el buen Burton—perder una libra de sangre en un duelo á una gota de sudor en un trabajo honrado," esas están inevitablemente condenadas á morir, y su lugar habrán de ocuparlo las naciones enérgicas y laboriosas.

Cuando Luis XIV preguntó á Colbert en qué consistía que reinando en un país tan grande y tan populoso como la Francia, no había podido conquistar un país tan pequeño como la Holanda, el ministro le replicó: "En que, Sire, la grandeza de un país no depende de la extensión de su territorio sino de l carácter de su pueblo. La industria, la frugalidad y la energía de los holandeses son la causa de que á Vuestra Majestad le haya sido tan difícil vencerlos."

[1] Un orador público hablaba recientemente con desprecio de la batalla de Maraton, porque por parte de los atenienses sólo habían parecido 192 hombres, en tanto que ahora, con la artillería perfeccionada y los artificios destructivos, pueden quedar fuera de combate 50,000 hombres en pocas horas. El recuerdo, empero, de la batalla de Maraton y del heroísmo á que sirvió de teatro, vivirá, sin duda, en la memoria de los pueblos, mientras que las gigantescas carnicerías de los tiempos modernos serán acaso olvidadas.

Refiérese también de Spinola y de Richardel, embajadores enviados por el rey de España para negociar un tratado en la Haya en 1608, que un día vieron ocho ó diez personas saltar de una modesta embarcación, sentarse en la hierba y tomar un frugal refrigerio compuesto de pan, queso y cerveza.

—¿Quiénes son esos viageros? preguntaron los embajadores á un campesino.

—Son nuestros venerables amos, los diputados de los Estados, respondió el campesino.

Spinola murmuró al punto al oído de su compañero:

—Hagamos la paz; á estos hombres no podremos vencerlos.

En suma, la estabilidad de las instituciones depende forzosamente de la estabilidad del carácter. Unidades depravadas, sea cual fuere su número, no pueden formar una gran nación. Un pueblo que parece haber alcanzado el más alto grado de civilización, puede estar pronto á disolverse al menor golpe de la adversidad. Sin integridad individual, no puede tener ni fuerza real, ni cohesión, ni solidez. Puede ser rico, culto, artístico, y tambalear, sin embargo, al borde del abismo. Si se reviste de egoísmo, sin tener en mira sino el placer; si cada uno se forja su propio dios, ese pueblo será condenado, y su decadencia se hará inevitable.

Cuando el carácter nacional no puede ya sostenerse, la nación puede considerarse como poco ménos que perdida. Cuando ella deja de estimar y de practicar las virtudes de sinceridad, integridad y justicia, ya no merece vivir. Y cuando los hombres han sido corrompidos por las riquezas; depravados por el placer, infatuados por el espíritu de partido, llega un momento en que la obediencia, la virtud, la lealtad, el orden y el honor parecen haber figurado entre las cosas del pasado. Entonces, en medio de las tinieblas, si quedan aún gentes honradas que se cuenten y se busquen, la sola esperanza que les quedará, estará en la restauración y en la elevación del carácter individual; porque sólo eso puede salvar á una nación; y, si el carácter está irrevocablemente perdido, ya no quedará nada que valga la pena de ser salvado.

CAPÍTULO II.

Poder de la familia.

Las corrientes que hacen girar el rodaje de la máquina del mundo, se deslizan en solitarios parajes.

HELPS.

En una conversación que tuvo con madama Campan, hizo Napoléon esta observación: "Parece que los antiguos sistemas de enseñanza no sirven para nada: ¿qué falta, pues, para que el pueblo sea educado como conviene?"—Madres, replicó madama Campan; y como su respuesta impresionase al emperador: "Sí, dijo éste, esa sola palabra encierra todo un sistema de educación. Así, pues, os encargo de que me fornicis madres que sean algún día capaces de educar á sus hijos."

ALEXÉ MARTIN.

La familia es la primera y la más importante escuela del carácter; y en el seno de ella es donde todo ser humano recibe su peor ó su mejor educación moral; porque allí es donde se le inculcan los principios de conducta que le acompañan en el resto de su vida.

Hay un proverbio que dice: "Las costumbres hacen al hombre," y otro, "El espíritu hace al hombre"; pero ninguno tan cierto como el de que, "La familia es la que hace al hombre." En efecto, la educación que da la familia, comprende no solamente

las costumbres y el espíritu, sino también el carácter: en el seno de la familia es donde el corazón se descubre, donde se forman los hábitos, se despierta la inteligencia y se amolda el carácter para el bien ó para el mal.

De esa fuente, para ó impura, emanan los principios y las máximas que gobiernan en la sociedad; y hasta la ley misma no es sino una reflexión de la familia. Los menores fragmentos de opinión lanzados en el espíritu de los niños en la vida privada, se abren paso más tarde en el mundo y se convierten en opinión pública; porque las naciones se reclutan entre los niños, y los que los dirigen pueden ejercer un poderío mayor todavía que los que tienen las riendas del Gobierno. (*)

En el orden de la naturaleza está que la vida doméstica sea una preparación para la vida social, y que el espíritu y el carácter se formen primeramente en la familia, como que en ella los futuros miembros de la sociedad comienzan á ser educados y formados uno á uno. Al salir de la familia entran en la vida y, de niños que eran, pasan á ser ciudadanos; así es que puede considerarse la familia como la escuela más influente de la civilización. Porque bien visto, la civilización no es sino asunto de la educación individual, y la sociedad será más ó ménos civilizada según que las partes que la componen hayan sido más ó ménos bien educadas en su juventud.

En la educación de un hombre por sabio que sea no puede ménos de ejercer grande influencia la moralidad de las personas que le rodean en sus primeros años. El hombre viene al mundo desprovisto de todo é incapaz de valerse á sí mismo; depende enteramente de los demás, tanto para su sustento como para su crianza; y apenas empieza á vivir cuando ya su educación ha comenzado. Como una madre le preguntase un día á un eclesiástico, cuándo debería comenzar la educación de su hijo, que tenía entonces cuatro años, "Señora-le contestó él—si no habeis comenzado todavía, habeis perdido ya cuatro años. El momento oportuno es aquél en que brilla en los labios del niño la primera sonrisa."

Pero aún en ese caso la educación había ya comenzado, porque el niño aprende por para imitación, sin esfuerzo, casi por entre los poros de su piel. "La higuera que mira á otra higuera, acaba por llevar su fruto," dice un proverbio árabe; y lo mismo sucede con los niños. Su primer maestro es el ejemplo. Por triviales que parezcan las influencias que contribuyen á formar el carácter del niño, ellas le acompañan durante toda su vida. El carácter del niño es el núcleo del carácter del hombre; toda educación ulterior no es sino superposición: la forma del cristal es siempre una misma. Así se justifica en gran parte el dicho del poeta: "El niño es el padre del hombre"; y estas palabras de Milton: "La infancia anuncia al hombre, como la mañana anuncia al día." Las inclinaciones que más duran, las que están más profundamente arraigadas, tienen siempre su origen á par de nuestra cuna; y entonces es cuando comienzan á desarrollarse los gérmenes de las virtudes ó de los vicios, de las impresiones ó de los sentimientos que determinan el carácter para toda la vida.

El niño queda depositado como si dijéramos á la entrada de un mundo desconocido; y sus ojos se

(*) Las virtudes cívicas; si no traen su origen y su consagración de las virtudes domésticas y privadas, no son sino virtudes de teatro. El que no tiene ternura para con un hijo suyo, es imposible que pretenda tener verdadero amor á la humanidad. [Jules SIMON, *le Devoir*.]

abren á cosas que son para él nuevas y sorprendentes. Conténtase al principio con mirar, pero poco á poco comienza á ver; observa, compara, aprende, acopia impresiones é ideas; y, mediante una sábia direccion, los progresos que hace son verdaderamente maravillosos. Lord Brougham ha observado que de los diez y ocho á los treinta meses de edad aprende un niño más acerca del mundo material, de sus propias facultades, de los objetos que le rodean, acerca de su propio espíritu y del de los demas, que lo que alcanza á aprender en todo el resto de su vida. Los conocimientos que durante ese período acumula un niño, así como las ideas que germinan en su cerebro, son de tal importancia, que, si nos fuese dado suponer que pudiesen alguna vez berrarse, nada le valdria toda la ciencia de un laureado de Cambridge ó de Oxford, ni le serviria siquiera para prolongar su existencia una sola semana.

Nunca es el alma tan accesible á las impresiones como en la infancia, ni se encuentra en época alguna más dispuesta á inflamarse al contacto de la primera chispa. Las ideas se adquieren presto y duran largo tiempo. Asegúrase que en Scott nació su temprana afición á las baladas y á ese género de literatura, de las narraciones que, aun antes de que supiese leer, oía de boca de la madre y de su abuela. Aseméjase la infancia á un espejo; porque ella refleja en el curso de la vida las imágenes que al principio se le presentaron. El niño nunca olvida la primera impresion: su primera alegría, su primer pesar, su primer triunfo, su primer impresion figuran en primer término en el cuadro de su vida.

En esa época la educacion del carácter va siempre en progreso, y lo mismo sucede con la del genio, la voluntad y las costumbres, que tanta influencia ejercen sobre la dicha futura. Aunque dotado el hombre de cierta fuerza de accion y de reaccion que le permite ayudarse á sí mismo y contribuir á su propio desarrollo, independientemente de las circunstancias que le rodean, no deja, sin embargo, de ser de suma importancia la direccion moral impresa á su carácter, desde la primera parte de su vida.

Colocad al filósofo más eminente en medio de la sujecion; la inmoralidad y la bajeza, y veréis que insensiblemente se inclina al embrutecimiento. Pero, cuánto más susceptible todavía es el niño impresionable y débil, cuando llega á encontrarse en tales circunstancias! No es posible educar una naturaleza dulce, sensible al mal, pura de espíritu y de corazón, en medio de la vulgaridad, la miseria y la impureza.

Por eso el hogar doméstico, escuela de niños que más tarde han de ser hombres y mujeres, será bueno ó malo según la influencia que lo gobierna. De aquel en que penetra el espíritu del amor y del deber, en que la cabeza y el corazón rigen con sabiduría, en que la vida de cada día es honrada y virtuosa, en que la autoridad es dulce, buena y amorosa, de eso sí tendremos esperanzas de ver salir seres sanos, útiles y felices, capaces, cuando sus fuerzas se lo permitan, de seguir las huellas de sus padres, de ajustar su conducta á la rectitud y á la sabiduría, y de difundir el bienestar por dondequiera que vayan.

Si, por el contrario, las gentes que los rodean son egoístas, groseras, egoístas, ellos, sin caer en la cuenta adolecen de los mismos defectos; llegarán á la adolescencia toscos y sin cultura, y serán tanto más peligrosos para la sociedad, cuanto se encuentren colocados en medio de las numerosas tentaciones de lo que se llama vida civilizada. "Haced edu-

ca á un hijo vuestro por un esclavo;—decia un griego de la antigüedad—y en lugar de un esclavo tendréis dos."

El niño no puede menos de imitar lo que ve. Todo le sirve de modelo: copia los modales, los gestos, el lenguaje, las costumbres, el carácter. "Para el niño—observa Richter—la época más importante de la vida es el momento en que, salido apenas de la cuna, comienza á dibujarse y á modelarse por el contacto con los demas. Cada nuevo maestro alcanzado resulta menos satisfactorio que su antecesor; y, si consideramos la vida entera como una vasta escuela, veremos que el navegante que da la vuelta al mundo, experimenta menos la influencia de las naciones que en él encuentra, que la de su propia nodriza." Los modelos son, pues, de la mayor importancia para formar la naturaleza del niño; y, si queremos buenos caracteres, tengamos buenos modelos, sin olvidar que el que el niño tiene más constantemente á la vista es la madre.

Opina Jorge Herbert que una buena madre vale por cien maestros. Y, en efecto, en la familia ella es "un íman para todos los corazones, una estrella polar para todos los ojos." La madre es objeto constante de imitacion, y Bacon opina que esa imitacion equivale á "un mundo de preceptos." Pero el ejemplo aventaja en mucho al precepto: es la enseñanza en accion, la enseñanza sin palabras, que á menudo es expresiva cuanto no pudiera serlo lengua alguna. Ante el mal ejemplo, de nada sirven los mejores preceptos. Seguimos el ejemplo, pero no el precepto; y aun éste mismo, si no estuviera en armonia con la práctica, sería más dañoso que útil, porque no serviría sino para enseñar el más ruin de todos los vicios—la hipocresía. Bien saben los niños discernir si nosotros somos consecuentes, y siempre juzgan con acierto las lecciones de los padres que dicen una cosa y hacen todo lo contrario. La moral de esos tales se asemeja á la de aquel monge que, durante un sermón sobre la honradez, tenia oculto en la manga un ganso que se habia robado:

Al paso que se imitan las acciones, el carácter se va formando de una manera lenta é imperceptible, pero decisiva. Actos hay, y no pocos, que parecen triviales, y que son sin embargo los que constituyen la vida cotidiana. Como copos de nieve, sucedense unos á otros sin que nadie los note; cada copo de nieve añadido al monton, no produce en él cambio alguno sensible, y sin embargo, de esa acumulacion de copos resulta un lute. Así, los actos repetidos uno en pos de otro, acaban por erigirse en hábito, determinan la inclinacion del ser humano al bien ó al mal, y en una palabra, forman el carácter.

El influir la madre mucho más que el padre en la conducta del hijo, es lo que hace que su ejemplo en la familia tenga mayor importancia. Y esto se comprende fácilmente: el hogar doméstico es el dominio de la mujer; es su reino; allí impera ella, y su poder sobre los tiernos súbditos que gobierna, es absoluto. Á ella ocurren ellos para todo. Ella es el ejemplo y el modelo que ellos tienen sin cesar á la vista, y lo observan y lo imitan aun sin tener conciencia de lo que hacen.